

*Este capítulo es de my novela Muchacho (Knopf, 2010). Una amiga lo escribio en espanol. Espero que te gustas. Lo siento que no puedo hablar y escribir el espanol muy bien, pero estoy aprendiendo. Puede escribirme a [lajjj77@rocketmail.com](mailto:lajjj77@rocketmail.com) Gracia.*

## MUCHACHO

Hoy vide a la Sra. Beecher en la biblioteca sacando un libro de viejitos. Tenia la cabeza un poco agachada, así que no le pude ver la cara bien, pero la reconocí por el color de su cabello, color metálico como un carro que me robe tiempo atrás. Metálico bronceado. La Sra. Beecher no parecía bibliotecaria, pero al menos tampoco se veía como si se hubiera caído de un barranco, como se veía la mayoría del tiempo cuando trataba de ser maestra.

No entre del todo a la biblioteca, solo me pare en la puerta esperando que Letty y los chavos acabaran de escuchar a la señora que contaba cuentos, pero Juanito me vio, y me grito, “Eddy!” Rápido volteé a ver a la Sra. Beecher, para ver si no había oído a Juanito gritar mi nombre, porque si hubiera oído, entonces me hubiera volteado a ver, entonces yo hubiera tenido que saludarla con la cabeza, o a lo mejor decirle. “Que onda? Como esta? Pero lo bueno que estaba bien ocupada ayudando a una señora, buscando su tarjeta de membresía en una caja, y rápido me desaparecí.

La primera vez que vide a la Beecher, pensé, “que bien, otra de esas militares con zapatos orgánicos y sus sándwiches de tofu y sus supuestos póster de importancia que nos dice que tan importante es que salvemos a las ballenas y la foresta tropical al igual que las focas y todos los jóvenes semi-literarios, des-privilegiados económicamente, que les importa un comino su educación que asisten a las escuelas alternativas por no ponerle empeño a la escuela, pero que diferencia pudiera hacer? Seguiríamos siendo los mismos, nosotros. De todos modos seríamos locos y perdedores, seríamos los locos perdedores de la educación, así que entendemos exactamente que es lo que nunca pudiéramos tener.

El día que la Beecher llevo a la clase, Edgar Martínez pregunto que tanto llevaba de ser maestra. Supimos inmediatamente que era nueva en cuanto empezó a contestar las preguntas, porque las maestra viejas ya saben que no deben seguir el juego a los chamacos. Beecher nos dijo que ella estaba haciendo un curso educativo para obtener su licencia alternativa porque ella no decidió ser maestra asta que no termino su licenciatura en otra materia. También nos dijo que teníamos algo en común porque ella era una maestra alternativa y nosotros éramos estudiantes de la escuela alternativa. Por como dos minutos, le creí a su platica, pero me fije a tiempo.

No extraño a la Beecher ni nada, pero por lo menos era mejor que el vato que tenemos ahora, el cual es un patético total, que usa lentes de color rosa. Y piensa que si nos dice cuatrocientas veces que el fue a la universidad de Stanford, a lo mejor le agradecemos el sacrificio que esta haciendo al ser nuestro maestro, el cual recibe una miseria y a la ves trabaja en un lugar peor que Juárez. El piensa que lo vamos a querer porque tiene la chanza de ayudar a niños des-privilegiados a convertirse en jóvenes productivos, y buenos miembros de la sociedad, pero no, el lo que es, es un menso. Si por lo menos manejara un carro chido con un esterio suave, rines cromados y brillosos, y trajera una chava linda y rica a su lado, por lo menos le tuviéramos un poco de envidia, o a lo mejor le poníamos unos putatos y le jambábamos el coche, pero ahora

lo odiamos mas porque pudo haber tenido todo eso, pero esta tan pendejo por no tenerlo y mas aun, ni siquiera haberlo tomado, y ahora nadie lo tiene. Si en realidad quisiera ayudar a los jóvenes des-ventajados, por lo menos hubiera ahorrado todo su domingo y le hubiera pedido a sus jefes (padres) que le compraran un carro suave, entonces pudiera venir para acá, a darnos su carro y su dinero. A lo mejor también hubiera podido vender boletos de la lotería. Apuesto a que si los chavos se ganaran veinte bolas (dólares) o un carro, vendrían todos los días a la escuela. Pero el se salio. ¿Cómo puede uno respetar a un maestro que si siquiera es tan inteligente para figurar eso?

Beecher no trataba ni pretendía que estaba agradecida por haber tenido una vida buena de niña blanca. Y tampoco nos tenia miedo, como la mayoría de las maestras, aunque ella era bajita de estatura y bien flaca, tan falca que la hubiera podido haber levantar en brazos y tirarla por las escaleras. Ni tampoco tratada de alimentarnos todas esas babosadas de que la educación nos iba ayudar algún día, o que como era necesario aprender algebra para figurar cuantos metros de carpeta se necesita para alfombrar una sala de un mendigo apartamento, o de una casa completa, ese trabajo de medidas le pertenecían al chavo que instalaba alfombras, el cual probablemente traía un calculadora.

El primer día, nadie abría su libro a la pagina que ella había escrito en el pizarrón, Beecher ni si quiera grito. Solo se sentó en la orilla de su escritorio, con libro en mano, y miro alrededor del salón pero no con ojos de enojada. Si no sorprendida porque veía que ninguno procedía a seguir sus instrucciones. Así como la mamá pata que voltea a ver si sus patitos van caminando en una línea reta, y los ve que están correteando por todos lados donde se pudieran perder o matar fácilmente.

“No se les hace, que tuviera mas sentido si por lo menos se esfuerzan un poco para así poder terminar esta materia mas rápido, para así podamos proceder a algo mas interesante y relevante a sus vidas?” Nos pregunto Beecher.

“O si, como no!” dijo T.J Ritchie, riéndose de una forma muy burlona. “Así como, como vender mas crack?” Ritchie es un chavo alto, bien alto, por lo menos mide siete pies de alto, y le vale madre todo y todos. Usualmente las maestras nuevas ven a Ritchie como diciendo, eres un menso perdedor, y un día te arrepentirás de haber desperdiciado tu vida lastimosa. O a veces lo mandan a la dirección o lo ignoran por completo, pero la Beecher solo se coloco el cabello de tras del oído con el dedo, así como si hiciera lo que pensara y dijo, “Vender drogas?”

Ritchie se paro con la frente en alto mirándola y haciendo musarañas a sus amigos con los ojos, cuando ellos dijeron, “Duh.” Beecher camino hacia la puerta y la abrió. “Entonces es mejor que salgas de aquí.” Movié las manos como cuchichiándolo hacia el pasillo.

“Usted no me puede correr,” dijo Ritchie. “Si ni siquiera hice nada.”

“No te estoy corriendo,” dijo Beecher. “Yo quiero que te quedes. Pero si quieres ser un criminal, yo no te puedo ayudar.”

“Sabe, no necesito su ayuda, señora. Usted piensa que es mejor que nosotros, pero no lo es.”

“En lo absolutamente, yo no creo que soy mejor que ustedes.” Beecher sacudió la cabeza mientras su cabello brillaba de tras de su oído. “Entiendo perfectamente, como una persona decide rechazar la capitalización he incorporarse a una vida corrupta, y a la ves escoger una carrera de criminal en lugar de una educación tradicional.

Para este tiempo, Ritchie y todos los demás, empezaron a mirar a Beecher, como que ya tenía que hablar en serio, pero siguió hablando. Su voz es gruesa y suave como la de una reportera de televisión (de esas que tienen su propio programa) y a la vez tenía un tonito de voz un poco pegajosa, porque sus palabras se quedaban penetradas en las mentes después de un rato y a la vez empezaba a resonar en tu cabeza aun cuando no querías pensar en ellas, como esos comerciales pegajosos de la televisión que de tanto que los oyes al rato te vuelven loco.

“Tu y yo tenemos valores diferentes, Sr. Ritchie,” dijo Beecher. “Yo escojo seguir la ley, y vivir con ella, porque nunca pudiera sobrevivir ni vivir la vida de un prisionero, pero si a ti no te interesa arriesgar tu libertad rompiendo las leyes, esa es tu decisión. Aun sin embargo, analizar la literatura no te va a ayudar a ser el traficante más prospero, por lo cual te sugiero que si en serio deseas seguir por ese camino, más vale que enfoques todos tus esfuerzos en tu carrera criminal. Entre más pronto empieces, más chanza tienes de sobresalir- asta que te encarcelen o te maten.

Ritchie no dijo nada por unos minutos, y posiblemente no hubiera dicho nada si no hubiera sido por la risita de una de las chicas, por esa razón tuvo que decir algo, “Que sea lo que sea.” A ese tiempo, yo creo Beecher se dio cuenta que no debía haber hablado tanto con un chico como Ritchie porque se fastidió y a la vez se cerró cuando cruzó las manos y vio al resto de los alumnos alrededor del salón.

“Eso es para todos,” dijo. “Si en realidad no quisieran estar aquí, no estuvieran. Y no estoy tan tonta así para hacerlos que hagan las cosas. Así que ni siquiera pretendan que tienen que hacer el trabajo.” Y prefirió no volver a discutir esto más.

Nunca más volvimos a tocar ese tema ni discusión, pero tuvimos otras que al comité escolar no le hubieran gustado, aunque Nuevo México está un poco desesperado por maestras ya que somos más o menos el estado número 49 de los 50 que se deshace de sus maestras por el modo que se comportan los del comité escolar, por esta causa las maestras que llegan se dan por vencidas y luego se van. Si viviéramos en uno de esos estados supuestamente listos como Nueva York o California, posiblemente hubieran un chorro de maestras como la Beecher, y ni siquiera tendría que preocuparse de ser despedida por ser una de esas maestras de libertad intelectual.

Una de las cosas que recuerdo más de la Beecher es que te veía directamente a los ojos cuando te estaba hablando a ti y podías ver que su mirada no era mirada maliciosa, aunque tu apenas hubieras comentado algo estúpido o aya pronunciado una palabra mal cuando estabas leyendo en voz alta. Como si estuvieras leyendo algo sobre los trenes y dijeras “estacon de tran” en lugar de “estación de tren,” no dejaba que nadie se riera de ti. Esperaba a que terminaras de leer y luego decía, “Alguien a oído hablar de una estación de tren?” y lo pronunciaba correcto para que tu supieras como pronunciarlo. Las otras maestras se sulfuraban luego, luego cuando oían la palabra mal pronunciada y la pronunciaban bien para avergonzarte, aunque hallan ido al colegio y nosotros aun no, ellas siempre nos tenían que enseñar que tan inteligentes eran. Pero Beecher estaba muy ocupada, enseñándote lo inteligente que eras tú en lugar de enseñándote que tan inteligente era ella, pero para cuando nos dimos cuenta que tan inteligente era, ella ya se había ido.